



Métodos formal y hermenéutico para la interpretación de textos literarios

Por Pablo Ricardo Silva Guadarrama

Las posibilidades de interpretación

literaria que ofrecen Eichenbaum, de la corriente de los formalistas, y Gadamer, fundador del método hermenéutico, coinciden al separar la literatura del lenguaje y analizar la obra con una visión totalizante, aunque también tienen sus digresiones.

Ambos autores consideran la complejidad del acercamiento al texto literario: Gadamer incorpora al individuo que posee determinados recursos semióticos para establecer una comunicación con la obra (2002: 239), pero también implica un enfrentamiento. En contraste, Eichenbaum aleja al lector lo más posible de las infinitas influencias personales fuera del propio texto (1970: 53) para “liberar la palabra de poética de las tendencias filosóficas y religiosas cada vez más preponderantes [...] De allí proviene el nuevo énfasis desde positivismo científico que caracteriza a los formalistas: rechazo de premisas filosóficas, de interpretaciones psicológicas y estéticas, etc.” (1970: 25).

Sin duda, las posturas son opuestas: una aparenta flexibilidad frente a la subjetividad del individuo y la otra pretende reducirla para que emerja la objetividad. Más adelante estos dos aspectos tan contrarios se unirán porque olvidan al individuo: Gadamer

ofrecerá su extinción al fundirse con la obra y Eichenbaum lo rechaza desde el inicio.

Otra coincidencia es el esfuerzo por entender el texto literario como un fenómeno que va más allá de la comunicación. El lenguaje comunicativo es parcial ante lo expresivo, pues el arte debe entenderse a partir de sus propias funciones. Para Shklovski, en Eichenbaum: “La obra de arte es percibida en relación con las otras obras artísticas, y con ayuda de asociaciones que se hace con ellas [...] toda obra de arte se crea paralelamente y en oposición con un modelo cualquiera. La nueva forma no aparece para expresar un contenido nuevo, sino para remplazar la vieja forma, que ha perdido su carácter estético” (1970: 35).

Gadamer coincide al afirmar que: “Un texto literario no es tan sólo la fijación de un discurso hablado” (2002: 339), porque contiene más de una dirección comunicativa, de ahí que el lector siempre se enfrenta a lo desconocido y a las posibilidades de la relectura. Por otro lado, el lenguaje poético

para los formalistas radica en que fuera del habla, que es lo cotidiano, se genera en quien lo lee o escucha (Eichenbaum, 1970: 28).

En los dos autores hay una extensa preocupación por el ritmo, esencia de lo poético formalista: “los sonidos existen en el verso fuera de todo vínculo con la imagen y [...] tienen una función verbal autónoma” (Eichenbaum, 1970: 28). De esta forma quedan excluidas las formas tradicionales del verso. Para Gadamer, la voz tiene dos actores: obra y lector que conforman un sentido (2002: 344). La voz del poeta se refleja en el hablante que se apropia del texto, pero el sonido principal, como no radica en su ser sino en otro, se muestra en el diálogo: chocan y, al mismo tiempo, se funden.

La obra literaria, entonces, funciona para los formalistas con la unión de todas las partes del texto: “La noción de forma obtiene un sentido nuevo: no es ya una envoltura sino una integridad dinámica y concreta que tiene un contenido en sí misma, fuera de toda correlación” (Eichenbaum, 1970:30),

FORMALISMO Y HERMENÉUTICA CONFLUYEN EN LA
DESAPARICIÓN DEL LECTOR; LA DIFERENCIA ES QUE EN EL
PRIMERO ES INMEDIATO Y EN EL SEGUNDO ES PAULATINO

Ilustración: Luis Ángel Velázquez



sin dejarse llevar —como lector— de lo que le parece un error del artista: “La forma poética así entendida no se opone a un fondo que le resultaría exterior y difícil de integrar, sino que es tratada como el verdadero fondo del discurso poético. Aquí, como en el caso anterior, la noción de forma recibe el nuevo sentido de integridad” (Eichenbaum, 1970:43). Esta visión considera que cada parte tiene un funcionamiento específico: “Al mismo tiempo que se establecía la diferencia entre la lengua poética y la lengua cotidiana y que se descubría que el carácter específico del arte consiste en una utilización particular del material, era necesario concretar el principio de la sensación de la forma,

a fin de que permitiera analizar en sí misma esta forma comprendida como fondo” (Eichenbaum, 1970:31).

Para los formalistas, el análisis de una obra depende de sus partes y su significación se altera dentro de la misma obra, el sentido es diverso como lo son sus partes que no le suman sino le multiplican: “La forma de la obra literaria debe ser sentida como forma dinámica” (Eichenbaum, 1970:87).

En contraste, Gadamer abre el diálogo constante para la interpretación y va eliminando al individuo para fusionarse con el texto y ser uno; esto significa que la subjetividad primera del lector será cambiante al enfrentarse las veces necesarias con el texto; una primera lectura le mostrará un aspecto y después otro, así hasta que se llegue a algo parecido al método formalista porque pretende que la subjetividad también desaparezca. “El intérprete que aporta sus razones desaparece, y el texto habla” (2002: 347).

El círculo hermenéutico pretende mostrar un panorama de cambio hacia la verdad de dos aspectos en oposición, pero dependientes entre sí, para finalizar en un entendimiento único. No sé si es posible esta última afirmación, ya que las interpretaciones de una obra literaria siempre son diversas. Quizá en este punto se olvida de las lecturas

conjuntas que los individuos van adquiriendo. En cambio, los formalistas entienden la evolución de la literatura como un aspecto importante, no de sus lecturas, pero sí la de sus formas, las cuales inciden en los propios lectores modificando los significados.

Ambos autores definen de igual forma el objeto de la materia: el texto; la oposición está en cómo acercarse a su estudio. Gadamer es consciente del proceso de enfrentamiento del lector y texto que es imposible de separar, en cambio, el formalista cree que debe ser mínima la interacción. No obstante, los dos confluyen en lo mismo: la desaparición del lector. La diferencia es que en los formalistas es inmediato y con el sistema hermenéutico es paulatino.

La estructura, por tanto, se verá ampliamente citada por las dos posturas; para los formalistas todas las partes se dinamizan, el lector no influye en ellas. Para el método hermenéutico lo que dinamiza la obra, la variación de significados y sentidos es la relación de diálogo entre obra y lector. 

Referencias

- Eichenbaum, Boris (1970). “La teoría del método formal”, en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México: Siglo XXI.
- Gadamer, Hans-Georg (2002). *Verdad y método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.



Pablo Ricardo Silva Guadarrama es egresado de Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.